EL CULTO AL QUIJOTE

Yo estoy convencido de que a Cervantes le habrían disgustado los cervantistas. Nada hay más empalagoso que los aduladores de oficio. Cada año, para conmemorar su célebre obra, un selecto número de personas lee un trozo de aquel libro donde se cuentan las aventuras del loco manchego y su escudero con ancha panza. Los centenarios, al menos, dejan respiro para soportar la beatería. Un clásico es una obra que solamente se lee en clase. Y la misión de un buen profesor de literatura es precisamente que se les lea fuera de clase. Hacerlos revivir. Atraer sin forzar. La literatura - ¿hace falta decirlo? - es placer o no es nada. La lectura obligatoria es una contradicción en sus términos. Una novela significa una posibilidad abierta para enriquecer nuestra alma, no un impuesto con el que abrumar el entendimiento. Un hombre culto debe saber que Homero escribió la “Odisea”, Dante la “Divina comedia” y Tolstoi “Guerra y paz”. ¿Quién las ha leído? Aquel que desee hacerlo. Un bachiller solamente requiere conocer fragmentos del Quijote – los *trailer* o avances del cine-, y abrir las puertas mostrando el paisaje interior: “Esto es lo que hay, vale la pena. Os lo aseguro”.

Pablo Galindo Arlés

10 de junio de 2024